

# Para leer “En las islas afortunadas”

## (Sección XXIV de *Así habló Zaratustra* - Libro II)

Ramon Alcoberro

En la introducción a la edición de 1906 de *Así habló Zaratustra*, la hermana y editora de Nietzsche, Elisabeth Förster-Nietzsche, daba algunas indicaciones sobre la relación entre el filósofo y el cristianismo que pueden sernos de utilidad para leer “En las Islas afortunadas” (2ª parte del *Zaratustra*)

*«El asume que la cristiandad, como un producto del resentimiento de los débiles y desfavorecidos, ha prohibido todo lo que es bello, fuerte, orgulloso y poderoso; de hecho, han sido seriamente socavadas todas las cualidades que proceden de la fuerza y, en consecuencia, todas las fuerzas que tienden a promover y elevar la vida. Ahora, sin embargo, una nueva tabla de valores debe ser colgada sobre la humanidad, es decir, el hombre fuerte, poderoso, portentoso y rebosante de vida y elevado a su zenit, hasta el superhombre, él se nos pone ahora con pasión superpoderosa como meta de nuestra vida, de nuestra esperanza y de nuestra voluntad. Y como el viejo sistema de valores, que solo alababa las cualidades favorables al débil, al que sufría, y al oprimido, ha conseguido producir una humanidad, débil, sufriente y moderna, así este nuevo sistema de valorar nuevo y opuesto debe producir un tipo sano, fuerte, vital y valiente, y una divinización de la vida. Dicho brevemente, el principio guía de este nuevo sistema de valorar sería: “todo lo que procede del poder es bueno, todo lo que surge de la debilidad es malo”»*

El eje del texto se sitúa en la fundamentación de la filosofía como un saber que habla del tiempo y del devenir al margen de cualquier hipótesis teológica. Todo el texto gira alrededor de la frase: *«Dios es una suposición»*. Ante ese Dios puramente hipotético, y finalmente ficticio, la realidad es el Superhombre. Por eso el Superhombre no es el sucesor de Dios (si lo fuese solo sería la continuación de una ficción), sino su superación.

*«En otro tiempo decíase Dios cuando se miraba hacia mares lejanos; pero ahora yo os he enseñado a decir: superhombre.*

*Dios es una suposición; pero yo quiero que vuestro suponer no vaya más lejos que vuestra voluntad creadora.*

*¿Podrías vosotros crear un Dios? – ¡Pues entonces no me habléis de dioses! Mas el superhombre sí podríais crearlo.»*

Se opone pues un “suponer” que es Dios a algo que no se supone idealmente, sino que se construye realmente o que “podría” ser creado por el hombre si fuese realmente afirmativo y creador. Sigue escribiendo Nietzsche *«Dios es una suposición: mas yo quiero que vuestro suponer se mantenga en los límites de lo pensable»*. Es decir, Dios no puede ser pensado, porque es ajeno a la tierra, pero el Superhombre está dentro de los límites de lo que puede ser pensado porque es el sentido de la tierra. El Superhombre es profundamente físico, material; de ahí que para llegar al Superhombre: *«¡Vuestros propios sentidos debéis pensarlos hasta el final!»*

En los borradores del *Zaratustra* este capítulo llevaba por título “De los Dioses”, lo que permite suponer que quería poner énfasis en la imposibilidad de comprender el concepto de “dios”, por oposición al superhombre, que ha de entenderse desde una perspectiva puramente terrenal y

concreta. La teoría del conocimiento que está implícita en este texto es kantiana. Kant había establecido que espacio y tiempo son condiciones a priori de la sensibilidad. A extramuros de ambas condiciones no existe ningún conocimiento posible. Nietzsche asume esa perspectiva («*No os ha sido lícito estableceros por nacimiento en lo incomprensible, ni tampoco en lo irracional*»). De ahí que sea absurda la acusación de “irracionalismo” que algunas veces se hace a Nietzsche: su propuesta no es irracionalista, supone llevar al extremo la tesis kantiana: si solo podemos conocer lo que existe en el espacio y en el tiempo, el Superhombre es precisamente una propuesta que asume de raíz la temporalidad humana. Dios es impensable, según Nietzsche, porque es impensable un no-tiempo («*Dios es un pensamiento que vuelve torcido todo lo derecho (...) ¿Cómo? ¿Estaría abolido el tiempo?*»). De hecho “ser Superhombre” vendría a ser el nuevo imperativo categórico que se toma en serio el hecho de vivir en el espacio y en el tiempo, llevándolos a su plenitud de creación.

Por eso la función de la filosofía es destruir los transmundos dolorosos y establecer un nuevo sentido a la vida creativa:

*«De tiempo y de devenir es de lo que deben hablar los mejores símbolos; ¡Una alabanza deben ser y una justificación de todo lo perecedero!»*

El Superhombre se sitúa en la perspectiva de la superación de todos los dioses porque no tiene una existencia trascendente, sino que se vive y celebra lo cambiante; la perspectiva del Superhombre es la de decirle un gran “sí” al tiempo. Su concepción del Superhombre como humanidad gozosa es heraclitana, es decir, transformadora. De ahí el papel central de la voluntad que todo lo mueve.

Según la religión cristiana, Dios es el modelo de perfección, ajeno al cambio y fuente de verdad eterna. Pero Nietzsche está contra todos los dioses y contra toda verdad eterna o revelada, propia de dioses. En el evangelio de Juan (8,32) se dice que la verdad nos hará libres – sobrentendiendo que la “verdad” es Dios– y en este texto Nietzsche da la vuelta a la frase... En palabras de Nietzsche: «*El querer os hace libres: esta es la verdadera doctrina acerca de la voluntad y de la libertad – así os lo enseña Zaratustra.*». La verdad no existe como tal, es una intensidad, es una fuerza; lo que en realidad existe es la voluntad que se desarrolla en el espacio y en el tiempo. “Pensar” en Nietzsche significa aceptar lo perecedero. Nada eterno, y por lo tanto tampoco Dios, existe como tal en la realidad. Por eso un poco antes, Nietzsche había dado también la vuelta a una frase de Goethe para proclamar que: «*Todo lo imperecedero – no es más que símbolo.*»

*Las Islas afortunadas* a las que hace referencia el texto son, muy posiblemente, Ischia y Capri, en el golfo de Nápoles, que Nietzsche conocía desde su estancia en Sorrento, donde fue feliz. En la mitología griega, las *makárôn nēsoi* eran el lugar donde vivían tras la muerte las almas felices. Por extensión, “islas afortunadas” son también aquellas en las que el Superhombre puede desarrollar su vida como creación, como voluntad de poder autoafirmativa y creadora. Por eso, «*Lejos de Dios y de los dioses me ha atraído esa voluntad*». Lejos de los dioses y ejerciendo su voluntad de poder autoafirmadora, el Superhombre nietzscheano es una alternativa al Dios único y a la verdad única y una afirmación creadora del poder de la vida que da la vuelta al imperativo categórico kantiano; y que en vez de decir “tu debes”, proclama gozosamente “yo quiero”.